

LA ESTIRPE FUNDADORA DE LA U. P. B.

**Palabras pronunciadas por el Dr. José Mejía y Mejía.
al inaugurar el nuevo edificio de la Facultad de De-
recho de la Universidad Pontificia Bolivariana:**

Excelentísimo Señor Arzobispo Tulio Botero Salazar, Gran Canciller de la Universidad Pontificia Bolivariana, señor gobernador del departamento, señores obispos, ilustrísimo y reverendísimo señor Félix Henao Botero, Rector Magnífico del Claustro, compañeros bolivarianos:

¡Qué prodigios y maravillas obra en la tierra la voluntad de Dios, aún sirviéndose de frágiles instrumentos, con herramientas precarias, a través de un escaso puñado de hombres que hoy son y mañana desaparecen! Para usar el vívido lenguaje paulino, llevamos el tesoro de la luz sobrenatural en vaso de barro para que la excelencia del poder sea de Dios y no parezca nuestra. Raíz, cimiento y piedra angular de la Universidad Pontificia Bolivariana, la estirpe fundadora del noble claustro docente que es honra y prez de la cultura cristiana en nuestra patria —con nombradía y crédito más allá de sus fronteras—, vivió hace cinco lustros no simples momentos de perplejidad sino tensas jornadas de turbulencia y desconcierto, bajo aires y conflictivos climas espirituales. Pero en medio de vientos hostiles y aires enrarecidos, cercada muchas veces por inteligencias vacilantes y eclécticas, más propensas al desdén y la tibieza que al ardor de las convicciones insobornables, la promoción fundadora se transformó un día de Gracia en decisión irrevocable, en bloque compacto de fe y arrojo místico y en augurio exacto de la impene-trable ciencia divina. Ha dicho hermosamente Paul Claufel que, “es una idea —bella y grandiosa—, la criatura como trabajo del Creador. Y no digáis que el Salvador no tiene necesidad de ella. Nada hay más profundamente verdadero que

la palabra de San Pablo sobre que toda criatura gime previendo su redención, en la expectativa de la revelación del Hijo de Dios. Hay en el corazón de todo ser humano, como saben bien los grandes conductores de hombres, una especie de héroe secuestrado que sólo espera la ocasión de manifestarse". Los fundadores de la Universidad Pontificia Bolivariana —en horas decisivas para la cultura cristiana del país—, no fuimos hombres de poca fe, y porque creímos, creamos. En qué época se construyeron las catedrales góticas, preguntaba al amargo Enrique Heine un filisteo de la inteligencia, un profano e indocto en aquellas edades teológicas en que los hombres y los pueblos rezaban, y eternizaban su piedad, en "moles de encajes", con plegarias de piedra que ascendían ágilmente a los cielos en raudos vuelos metafísicos. En qué época? ¡Precisamente cuando los hombres tenían convicciones, porque ahora sólo tienen opiniones!, respondió sin dubitación el sarcástico escritor germano.

La salvaguarda de los valores insuperables e inestimados de la enseñanza cristiana es tarea estrechamente atada a la custodia de nuestra nacionalidad, a la defensa integral de la familia colombiana. Porque cuando la Patria oscila en sus bases y se agrieta en sus sillares —ya institucionales, ya jurídicos, sociales o morales—, podemos lanzar el diagnóstico cierto e inconfundible de que hay un trastorno en el concepto religioso y en las prácticas cristianas de la existencia, de que se han falsificado o extraviado los principios católicos que amparan las excelencias de la persona humana, criatura de Dios y arcilla iluminada por su sople, así desempeñe en la escala o gama del esfuerzo colectivo el más abyecto de los oficios.

Se ha escrito que el trabajo más humilde, el más oscuro, si se realiza bien, tiende a la belleza que adorna al Universo. El humanismo cristiano no puede ser únicamente erudita información, sabiduría clásica o medio-eval, conocimiento meticuloso de añejos textos. "Si supieras de memoria —establece agudamente Tomás de Kempis—, toda la Biblia y los dichos de todos los filósofos, de qué te serviría sin la caridad y la gracia de Dios"? El humanismo cristiano nació en el Sermón de la Montaña, y las graves disciplinas teológicas, filosóficas, literarias o estéticas de los eximios Doctores de la Iglesia, la obra inmortal de los alados genios literarios de la edad Media, tuvieron un punto de partida e inspiración en la lumbre del lenguaje evangélico. "El Sermón de la Montaña —juzga regiamente Juan Papini—, es el mayor título de

los hombres a la existencia. A la presencia de los hombres en el universo infinito. Nuestra suficiente justificación. La credencial de nuestra dignidad de seres dotados de alma. La prueba de que podremos elevarnos por encima de nosotros mismos y ser más que hombres. La promesa de esta posibilidad suprema, de esta esperanza: de nuestra ascensión más allá de la bestia". Oscurantismo clerical o medio-eval en la Universidad Pontificia Bolivariana cuando un modesto ex-alumno fundador teje estas reflexiones un poco devotas, que quizás no sean corrientes en los discursos retóricos para celebración de efemérides universitarias? Pero la gran crisis universal —la crisis colombiana,—, no resulta un sencillo y transparente fenómeno de menosprecio de la persona humana por codicia de poder o por avidez de riqueza, por la soberbia de la vida, por la concupiscencia de los de arriba y de los de abajo, por las continuas violaciones de la ley eterna, por la agonía o muerte del sentido cristiano de las relaciones humanas?

Es evidente que la Universidad Pontificia Bolivariana al crecer, al desarrollarse, al abrir sus poros o al comunicarse con el mundo exterior, ensanchó su radio docente para dar respuesta eficaz —a través de múltiples facultades técnicas y especializadas—, a los interrogantes del progreso nacional, a sus exigencias inaplazables en materia de nueva clase directiva de la economía privada en sus plurales órbitas. Pero esto no quiere decir que la Universidad Pontificia Bolivariana —al alcanzar su mayoría de edad cultural, al madurarse precozmente—, deba cambiar su mística original, el espíritu primero y las orientaciones doctrinarias que hicieron posible el milagro de su fundación. Bien lo expresó Monseñor Manuel José Sierra en su prospecto inaugural: "No se podrá ser un perfecto bolivariano sin estar convencido de la misión cultural y social que a la Universidad corresponde llenar en la vida colombiana; ni se podrá coadyuvar adecuadamente a la realización de sus ideales sin apasionarse con sus triunfos, sin amoldarse estrictamente a su disciplina y sin participar del elevado espíritu de sus fundadores". Podemos perfectamente cambiar de sitio geográfico, mudar el traje arquitectónico de sus edificios o reemplazar los muebles caducos y deruidos. Lo irreemplazable, lo inmutable, lo que no puede alterarse ni removerse —así lo entienden y practican sus jerarcas—, es su carta magna de fundación, es su partida de bautismo doctrinal y religiosa. Los decretos de Dios no se enmiendan, ni se revisan, ni pueden derogarse.

Desde el heroico linaje intelectual y ético de los fundadores —excelentísimo señor Tiberio de J. Salazar y Herrera, monseñor Manuel José Sierra, Juan E. Martínez, monseñor Félix Henao Botero y Guillermo Jaramillo Barrientos, los primeros profesores, los primeros alumnos y la primera junta económica, señores don Manuel María Escobar, don Ramón Echavarría, doctor León Londoño, don Julio C. Hernández y don Eduardo Gutiérrez T.—, hasta los experimentados cuerpos docentes y alegres ejércitos discipulares de hoy, la Universidad Pontificia Bolivariana llega a sus veinticinco años de ejercicio tenaz en exuberantes frutos logrados para la Iglesia, para la patria, para la sociedad y para el bien común, sin detener su ritmo, sin declararse colmada o satisfecha, sin restringir trayectorias o limitar metas culturales. Su misión única es elevarse como la oración y conquistar día tras día más territorios de inteligencias nuevas, por el magnífico vigor expansivo de su contenido ecuménico. Según la bella sentencia emersoniana “hablad la verdad y la naturaleza y todos los espíritus os prestarán un apoyo extraordinario. Hablad la verdad, y todas las cosas vivas o brutas os servirán de testigos, y hasta las raíces y las hierbas subterráneas parece que se levantan y agitan para dar testimonio. Contemplad también la perfección de la ley aplicada a los efectos y veréis cómo es la ley de la sociedad. Tal y como somos, así nos asociamos. El bien busca por afinidad el bien; el mal por afinidad el mal. Así es como las almas por su propia voluntad marchan hacia el cielo o hacia el infierno”.

Cinco lustros después de la primera alborada, la generación fundadora renueva su adhesión a la Universidad Pontificia Bolivariana, exalta con sentimientos efusivos la inmensa labor cumplida y ratifica su juramento de fidelidad a los mandamientos primeros que siguen siendo savia inextinguible de vida eterna.

“J” — Septiembre, y 1961.